

## CAPITULO XXIV.

Año de 1806. — Parte política. — Críticas y lamentables resultados de la tercera coaliccion. — Aspecto de la Europa. — Desarrollo del proyecto de Bonaparte sobre la formacion de un grande imperio europeo. — Destro- namiento del rey de Nápoles. — Destinacion y partida de una division de tropas españolas á la Toscana para guarnecer aquel reino. — Motivo de esta medida. — Demandas graves de Bonaparte negadas por España. — Asunto de los veinticuatro millones que le fueron con- cedidos en lugar de setenta y dos que intentó exigir- nos. — Intervencion que tuvo en este negocio don Eu- genio Izquierdo, y necesidad de ocuparle en agencias particulares diplomáticas. — Refutacion de una calum- nia del conde de Toreno. — Contestaciones duras en- tre las dos cortes española y francesa sobre el recono- cimiento pedido en favor del nuevo rey de Nápoles. — La nuestra se niega firmemente á reconocerle. — Inten- ciones no encubiertas por Bonaparte de incluir la Espa- ña en su sistema imperial y de hacer desaparecer todas las dinastías borbónicas. — Situacion de la Prusia y del nórt de Alemania. — Cuarta coaliccion. — Mis consejos á Cárlos IV y mis porfiados esfuerzos porque España tomase parte en ella. — Pasos que fueron dados á este fin, y malogro de ellos por las intrigas de mis enemigos.

Se podria preguntar (y no es del todo inútil ha- cer esta pregunta) cual debió ó pudo ser el diferen-

te rumbo que habrían tomado los sucesos militares y políticos con respecto á la Francia y á la Europa toda, si la tercera liga contra aquella no hubiera interrumpido el gran proyecto de invasión de la Inglaterra, tan largamente preparado, y tan cerca como ya anduvo de cumplirse.

Muchos han creído que la intención de Bonaparte no fué nunca realizarlo, sino causar temor á la Inglaterra, entretenerla y agitarla en sus hogares, deslumbrar á los franceses, alimentar el entusiasmo que reinaba en favor suyo, y reunir una gran masa de sus tropas bajo un pretexto tan plausible como el domar á la Inglaterra; pero en la realidad para imponer respeto dentro y fuera de la Francia, y encaramarse al trono, sostenido en todo evento contra propios y extrañas por la fuerza y el prestigio de sus armas.

No dudo yo que juntamente con su gran proyecto de acometer á la Inglaterra, no tuviese el doble objeto de asegurar su marcha al s<sup>o</sup>lio, y estar pronto, como despues fué visto, á sostenerse en él por el poder de sus legiones; pero no cabe en mi entender que hubiese desistido de aquella expedición no habiendo sido contrariado en ella por la guerra que Austria y Rusia se dieron mala prisa de moverle. Dejáranle en su paz el tiempo necesario para verle comprometido á una de dos cosas, ó á invadir la Inglaterra, ó á sufrir la ignominia de renunciar á aquel propósito de que hizo tanto ruido y

tanta gala. Este segundo extremo no era dable sin perder una gran parte del concepto que gozaba dentro y fuera de la Francia.

En verdad yo no pensaba, que llegado el momento de lanzar sus naves y sus tropas contra la Inglaterra, quisiera Bonaparte aventurarse á pasar tambien con ellas el Estrecho. Monarca nuevo y por decirlo así de un dia, no bien asegurado sobre un trono recompuesto de improviso que tenia acreedores, no debia ni exponerse, ni dejar la Francia expuesta á los peligros de su ausencia. Bastábanle sus generales para apropiarse el lauro de aquella grande hazaña si la coronaba la fortuna, ó para sacudir de su persona el menosprecio y los baldones si ocurría un desbarato muy posible muy probable.

Como quiera que el emperador de los franceses tuviese discurrida la ejecucion final de aquella grave empresa, convenia en gran manera al continente de la Europa que la expedicion se hubiese realizado. Conquistar la Inglaterra y subyugarla enteramente era imposible. Preparada como se hallaba á la defensa, ésta en su propio suelo, y el sentimiento nacional mas vivo allí que en pueblo alguno de la tierra, podia ser quebrantada, pero de ningun modo destruida (1). Se habrian batido cuerpo á cuer-

---

(1) La Inglaterra tenia en pie de guerra ciento ochenta mil hombres de tropas regulares entre milicianos y soldados de línea; trescientos mil voluntarios distribui-

po aquellas dos naciones, cuya rivalidad comprometia á la Europa en sus querellas, y cuyo predominio, marítimo ó terrestre, era dañoso á todo el mundo. No conseguido un primer golpe decisivo, todas las caras de los dados se habrian vuelto contra los franceses: victoriosos, por el contrario, que estos hubiesen sido no una vez sola sino muchas, aun les habria quedado larga obra de combates para sacar algun partido de aquella empresa temeraria. Si las armas francesas hubiesen sucumbido, Napoleon habria perdido mucha parte del fulgor de gloria que gozaba en Francia y en la Europa toda, habria tenido en tiempo hábil una leccion de la fortuna, y habria quizá sabido contenerse, por su bien y el ageno, dentro de los lindes justos que pedia el reposo de los pueblos. Si, cuando mas, la suerte de la guerra hubiera vacilado y repartido sus azares en uno y otro campo, la paz habria podido ser zanjada de una manera permanente, y los intereses todos de la Europa conciliarse con menos ocasiones de ulteriores guerras, entrada la razon de un mismo

---

dos en regimientos, y el alistamiento general de todos los varones desde la edad de diez y siete años, bien dispuesto y planteado para todo caso extremo. Las costas se hallaban guarnecidas por diferentes flotillas que componian entre todas hasta unos mil bastimentos montados por treinta mil hombres de tropas de marina; y todo esto sin contar mas de cuatrocientos bajeles de guerra, mucha parte de los cuales habrian podido acudir en tiempo hábil al peligro de la patria



modo en la Inglaterra y en la Francia. Pues venian á las manos aquellas dos naciones que oprimian igualmente la independenciam y los derechos de las demas potencias, habria sido sabiduría dejarlas quebrantarse mutuamente y moderarse por sus propias armas y por sus mismas iras y furores. ¿A quién podian doler aquellos golpes que se diesen una á otra? La Francia y la Inglaterra eran entonces las dos mas grandes plagas de la tierra.

¿Cuál fué en tanto el efecto de la tercera coalicion tan tristemente calculada? Librar á la Inglaterra del asalto y de la prueba que debiera haber sufrido, descargar á Bonaparte del peligroso empeño de la guerra transmarina á que se habia comprometido, y abrirle mejor campo á sus falanges, campo trillado ya por ellas tantas veces con prósperos sucesos, y en donde la fortuna, y su saber hacer en su elemento propio, le habian dado tantas veces la victoria. ¿Por qué fatalidad para los pueblos de la Europa, no aguardaron siquiera, tanto la Rusia como el Austria, que el nuevo soberano de la Francia se encontrase ya enredado en la violenta lucha que debia trabarse, venidos á las manos ingleses y franceses, no ya en naos, sino en tierra, donde tenian que pelear desesperadamente, el amor de la pátria de una parte, y el honor decisivo de la Francia por la otra? Durante aquel empeño, Napoleon se habria encontrado en la necesidad de respetar el continente y de ceder á condicio-

nes justas, ó de perderlo todo en una hora como llegó á perderlo cuando todos los gobiernos, harto tarde, fueron sábios y prudentes á la fuerza. Declararle la guerra cuando él mismo, por sus pasos, se apercibía á correr tan duro trance de fortuna en Inglaterra, no fué en suma otra cosa que acudir á la defensa de ésta, y alquilarle la sangre que debia verse solamente por libertar el continente y establecer de nuevo el equilibrio de sus fuerzas. ¿Quién de un extremo á otro de la Europa, en habiendo podido hacerlo con esperanza de un buen éxito, no se habria armado de seguida y acudido á la palestra, para contrarestar la prepotencia de el que era contemplado y mal sufrido en todas partes por tan solo el respeto de sus armas? Pitt fué en verdad un grande hombre, pues que salvó su pátria para siempre de las costosas y sangrientas irrupciones de los ejércitos franceses, no importa el como fuese; que en el peligro extremo lo primero es salvar su propia casa. No así aquellos que pusieron sobre sus propios hombros el trabajoso empeño de salvar á la Inglaterra, esperanzados de salvarse luego con su ayuda y sus subsidios. Si la primera coalicion, llevada mas allá del punto que señalaba la política, hizo salir á luz un hombre de tan vasto ingenio como Bonaparte, la segunda le abrió el camino del imperio, y la tercera consagróle. ¡Y si aun no hubiese sido mas que esto!... pero aquel triunfo tan colmado que logró en la Moravia, no menos por las faltas de sus

enemigos que por sus talentos militares, dejó la Europa todo al blanco de su ambicion inagotable; mal tambien para él mismo, que deslumbrados sus ojos por los rayos de tan grandes glorias, sin poder contenerse mientras no fuese el solo hombre que mandase el mundo entero, cansó él mismo su fortuna, y excavó por sus manos el sepulcro que aun encierra en Santa Helena sus cenizas.

Pero en tanto ¡qué de dolores y aflicciones! ¡Por qué série tan larga de trabajos, de pruebas y conflictos se debia pasar para esquivar el yugo de aquel hombre y conseguir romperle! No hubo mas rienda desde entonces ni á sus deseos ni á sus proyectos; y lo que fué peor, halló pretextos para extender sus planes de dominio, y desnudó su alma de aquel pudor del mando que en los pueblos civilizados suele poner algunas vallas á los monarcas poderosos.

Tras la paz de Presburgo, no satisfecho todavía con haber diezclado y rediezclado al Austria en sus mejores posesiones, de un acto solo de su voluntad disolvió el santo imperio de Alemania, y reclutando en su favor una gran parte de sus miembros, formó de ellos una guardia de vasallos coronados, prontos á tomar las armas, cuando él los requiriese, contra sus demas cólegas de aquel cuerpo de diez siglos. Los duques de Baviera y Wirtemberg erigidos en reyes por su sola gracia, el margrave de Baden y el landgrave de Hesse-Darmstadt levantados á grandes duques con honores, prerogativas y derechos reales,

y mas otros diez príncipes del mismo imperio, unos por interés, otros por miedo, formarán su vanguardia de Alemania en adelante, y envueltos desde entonces con la Francia en todas sus querellas, les hará sin embargo renegar de la constitucion germánica y declarar al mundo, que se apartaban de ella por que comprometia la paz de sus estados (1). La

---

(1) He aquí sobre esto el brevísimo preámbulo del tratado de la confederacion del Rhin, celebrado en París en 12 de julio de 1806: «S. M. el emperador de los  
» Franceses, rey de Italia, de una parte; y de la otra  
» SS. MM. los reyes de Baviera y Wvrttemberg, SS. AA. SS.  
» los electores archicanciller y de Baden, el duque de Berg  
» y de Cleves, el landgrave de Hesse-Darmstadt, los príncipes de Nassau-Usingen y de Nassau-Weilbourg, etc.;  
» queriendo estipular entre sí, de la manera conveniente,  
» *para asegurar la paz interior y exterior del medio dia*  
» *de la Alemania, en favor de cuya paz ha probado la*  
» *experiencia mucho tiempo hace, tanto en el pasado*  
» *como en el presente, que la constitucion germánica no*  
» *podia ofrecer especie alguna de garantia*, han nombrado por plenipotenciarios, etc. etc. etc.»

Por este tratado verdaderamente leonino, quedaba á la cabeza de la nueva federacion, bajo el título de protector, el emperador de los franceses. Los príncipes confederados se imponian la obligacion de hacer causa comun entre sí y con la Francia para toda guerra continental que cualquiera de las partes contratantes se encontrase obligada á sostener contra quienquiera que esta fuese; pero ninguno podia armar para cumplir esta obligacion, sin el expreso mandamiento que con el nombre de *invitacion* les habria de dirigir á cada uno el mismo emperador de los franceses. La confederacion, luego de requerida,

bandera de enganchamiento quedó puesta, y por necesidad en unos, y por temor en otros, ó por cálculo, se acreció en poco tiempo aquella nueva especie de concriptos reales y ducales. Aun de la misma casa de Lorena, Fernando, hermano del emperador Francisco, gran duque de Wurzburg, tomó plaza en aquel campo. Tales cosas que son sabidas, no las refiero yo por deleitarme en ellas, mas sí por recordar á mis lectores cual era ya aquel tiempo. Una causa perturbadora, irregular, extraordinaria y de una inmensa fuerza rompia todas las piezas con que se gobernára antiguamente la máquina política del un extremo al otro de la Europa. Los imperios se desplomaban á este continuo embate, sin valer á los unos la prudencia ni á los otros el arrojo, asombrados y mal acordes delante del peligro, sin

---

debía aprontar sesenta y tres mil soldados de todas armas, señalado á cada uno de los príncipes mas fuertes, y á la coleccion de los mas débiles, su contingente respectivo para llenar aquella suma. Ninguno de ellos podia contraer relaciones políticas que le ligasen con otras naciones para cualquier género de servicio, fuera de los estados mismos confederados, ó aliados de la confederacion, so pena de perder sus estados y de que pasasen estos á sus herederos. Cualquiera en fin que intentase enagenar sus estados ó parte de ellos, no podia verificarlo sino haciendo la renuncia, la venta, el cambio ú el traspaso á otro príncipe confederado. Siervos del terrazgo ó de *la glebe* llamaron muchos en aquellos dias á los que se ligaron de esta suerte con el emperador de los franceses.

haber modo de entenderse, como los que se ahogan y se disputan una tabla á sálvese quien pueda. Bien merecia disculpa cada uno, y aquellos que han escrito, no la han negado enteramente sino á España que entre tantas naciones sojuzgadas ya por aquel tiempo, quebrantadas ú oprimidas, era la sola y única de entre todas las potencias rayanas de la Francia, que aun mantenía su dignidad y su carácter de nacion independiente, no sometida ni entregada al albedrío del opresor del continente. Yo no censuro á nadie. ¿Quién erró entonces de buen ánimo? ¿Quién no buscó salvacion, ora se sometiese á Bonaparte, ora se le opusiese con las armas? ¿Quién se vió libre y despejado, cuanto era necesario en tales dias de torbellino, para acertar en sus medidas? Nunca mas respetable para mí el combatido emperador Francisco, que cuando resignado á sus desgracias y volviendo á sus pueblos desolados, les dirigia su voz consoladora y trabajaba como un padre para enjugar sus lágrimas, ó cuando abandonado por una parte del imperio, renunció la diadema de los Césares (1).

---

(1) Nada mas digno de conservarse en la historia, ni mas propio para reconocer el carácter de aquel tiempo, que el manifiesto ó declaracion del emperador Francisco renunciando á la corona imperial de Alemania. Héle aquí este escrito tan bien sentido, como lleno de dignidad y de decoro en la desgracia:

¡Cuál fué ya en aquel año y desde entonces la grande y nueva série de desdichas, de apuros y conflictos que trabajó á la Europa!

---

«Nos Francisco II, etc. Desde la paz de Presburgo » hasta ahora, toda nuestra solicitud y desvelo se han em- » pleado en cumplir con escrupulosa fidelidad los empeños » entonces contraidos, para conservar á nuestros súbditos » el beneficio de la paz, y aguardar á ver si las mudanzas » causadas por aquel tratado, nos permitirian satisfacer » á nuestros importantes deberes en calidad de gefe del » Imperio germánico, y al tenor del capítulo de eleccion » que nos puso á su cabeza.

« Pero las consecuencias de algunos artículos del tra- » tado de Presburgo luego que se publicó, y aun ahora » mismo, y los acaecimientos recientes en el Imperio ger- » mánico bien notorios, nos han convencido de que en » estas circunstancias nos seria ya imposible continuar » nuestras obligaciones contraidas; y si reflexionando acer- » ca de las relaciones políticas del Imperio, *no era ni » aun posible imaginar una mutacion de tales cosas*, el » convenio de 12 de julio, firmado en París y aprobado » inmediatamente por las partes contratantes sobre la » separacion entera de muchos estados considerables del » Imperio, y su particular confederacion, ha destruido » enteramente la esperanza de poder conservarla. Con- » vencidos asi, como lo estamos, de la imposibilidad de » cumplir por mas tiempo los deberes de nuestras funcio- » nes imperiales, *exigen nuestros principios y nuestra » obligacion* el renunciar á una corona, que en nuestro » concepto no tenia valor alguno sino en tanto que po- » driamos corresponder á la confianza de los electores, » príncipes y demas estados del Imperio germánico. Asi » es, que declaramos por la presente, que miramos como » disueltos los vinculos que hasta ahora nos unian al

La Prusia, entera todavía, pero prudente y detenida, que fija siempre en su propósito de quitar ocasiones á la Francia de engrandecerse mas y mas por medio de la guerra, vivia con ella en paz, hacia diez años, que permaneció neutral con todo el norte de Alemania durante tanto tiempo, á quien ningun esfuerzo del gobierno ingles habia bastado á hacerla declinar de aquel sistema, que trabajó de buena fé, con eficacia, aunque sin fruto, para avenir los gabinetes de Austria, Francia y Rusia, que suscitada á pesar suyo la tercera coalicion, negó el paso por sus estados á las tropas moscovitas, y á quien Napoleon debia por tanto igual respeto con las suyas al que observó Alejandro; la Prusia, en fin, tratando todavía de conciliar los ánimos y sofocar aquella guerra, tan peligrosa á la Alemania como oportuna á la Inglaterra, vió no obstante las tropas de la Francia, que sin tenerle cuenta de ninguna de estas cosas, atraviesan su territorio y lo violan, no por necesidad extrema en que Napoleon se viese,

---

» cuerpo del estado del mismo Imperio, y miramos como  
 » extinguida, *por la confederacion de los Estados del*  
 » *Rhin*, la dignidad de jefe del Imperio, considerándo-  
 » nos por tanto libres y exentos de nuestras obligaciones  
 » para con dicho Imperio, y deponiendo y dejando, como  
 » deponemos y dejamos, la corona imperial y el gobierno  
 » del Imperio. Asi mismo declaramos libres de sus obli-  
 » gaciones para con nos á los electores, príncipes y es-  
 » tados, etc. etc. etc. »



sino por llegar mas pronto y mas derecho á la combinacion de su campaña. El landgrave de Hesse-Cassel, neutral tambien y aliado de la Prusia, se vió en el mismo caso. Tal desprecio del honor y los derechos de una gran nacion independiente, indignó á la Prusia justamente y moviÓla á tomar parte en la querella con los enemigos de la Francia; mas consiguiente todavía á sus deseos de paz, enviÓ su embajador á proponer á Bonaparte tal partido, que contenida su ambicion en razonables lindes, quedase concordado el interés de la Alemania, de la Francia y demas pueblos de la Europa. Napoleon era perdido, si en el centro de la Moravia, y á tan larga distancia de la Francia para recibir socorros pronto, cerca ya de llegar el archiduque Cárlos y el archiduque Juan con ochenta mil soldados, comenzada la insurreccion en Hungría y en Bohemia, y llegado ya á la Silesia un gran refuerzo ruso, se hubieran añadido en contra suya ciento cincuenta mil Prusianos, Hesseses y Sajones dispuestos á la lucha. Pocos dias de tardanza en esta gran tempestad que amenazaba á los franceses cambiÓ la escena enteramente. Napoleon triunfante en Austerlitz, volvia á sus reales orgulloso cuando el conde de Haugwitz debia entregarle el *ultimatum* de su corte, cuando el emperador Francisco pedia la paz ansiosamente, y cuando el Ruso se salvaba, prometiendo pasar los montes y retirarse de Alemania. ¿Quién culpará á la Prusia en tales circunstancias? Haug-

witz en vez de amenazar de parte de su amo , felicita á Napoleon, y por salvar su patria de una guerra en que debia quedarse sola, recibe la ley de éste. Los papeles de este gran drama se han mudado. Bonaparte amenaza , insulta , enseñorea y sofrena al desquiciado mensajero, pide á la Prusia los paises de Auspach y de Bareuth, Neufchatel y Cleves, y le propone en cambio de ellos el Hanover que ni aun entonces era suyo, ocupado como se hallaba por los Rusos, Federico Guillermo acepta en fin aquel partido que la dura fatalidad de los sucesos le ha ordenado , puesto ademas en la forzosa situacion de romper con la Inglaterra y cerrarle la entrada de sus puertos (1). El triunfante emperador campea á

---

(1) Se ha querido vituperar la conducta del rey de Prusia en estas transacciones, pero injustamente. Si aquel monarca no entró en la coalicion desde un principio, efecto fué de su buen juicio sobre la precipitacion de aquella guerra tan malamente combinada. Si violado su territorio, y tocado en su honor, resolvió despues unir sus armas con las del Austria y de la Rusia, digno fué de alabanza por haber querido tentar antes el recurso de una mediacion armada, y proceder en regla como debe hacerse en tales casos. Si vencida la coalicion en Austerlitz, y pedida la paz por el emperador Francisco en el momento mismo en que la Prusia se disponia á mover sus armas contra Bonaparte, desistió de la guerra aquel monarca, prudencia fué y necesidad disimular su intento, solo, como debia hallarse, retirado tambien el Ruso, contra todo el poder de los franceses. Si cambiadas las circunstancias, Napoleon le dió la ley, consecuencia fué

su anchura en Alemania y comienza su nuevo intento de dominar el Norte, como domina el Mediodía. Sus legiones son mantenidas por amigos y enemigos y neutrales; nadie se atreve á respirarle. La Batavia va á formar un nuevo feudo del imperio bajo uno de sus hermanos; á una media palabra que han soltado sus agentes y emisarios, la famosa república, la que figuró en la Europa largo tiempo formando un peso en su balanza, le pedirá un señor que la gobierne y que haga de ella un firme

---

este trabajo de la difícil situación en que fué puesta la Alemania por la paz de Presburgo. Y si aceptó el Hanover, fué una buena política, menos en realidad por agrandarse, que por impedir mayores males y peligros al norte de Alemania, ocupado que llegase á ser de nuevo aquel país por los ejércitos franceses. A pocos gabinetes de aquel tiempo, y á muy pocos de los hombres que dirigian sus actos se les ha tenido cuenta, ni de las circunstancias generales en que se via la Europa, ni de las especiales en que se hallaba cada uno. Esta cuenta tan necesaria y tan debida por aquellos que se encargan de escribir la historia, con ninguno se ha tenido menos que conmigo. Esto me obliga á cada paso á presentar comparaciones, cierto como lo estoy, de que aquellos que las hicieron imparcialmente, en tan terribles compromisos como los que ofrecian la Francia y la Inglaterra á todas las naciones, no hallarán el sistema de la España, ni el menos cuerdo, ni el menos precavido, ni tampoco el menos digno de una nación independiente. Lo que hicieron mas tarde la fuerza y la perfidia ayudadas por manos que debieran haber sido las mas fieles, no se encontraba entre los datos, ni ordinarios ni extraordinarios, de las humanas previsiones.

baluarte de la Francia (1). Las ciudades anseáticas ven acercarse el término de su feliz independencia; una revolucion igual á la del Mediodia se halla tambien muy cerca de cumplirse entre los príncipes del Norte, á la Sajonia se le tienta con el brillo de una corona nueva en perspectiva lo mismo que fué hecho en Witemberg y en la Baviera; la Prusia corre un gran peligro de encontrarse aislada: los ejércitos franceses apostados en gran fuerza sobre el Mein y extendidos en las dos Suabias, en la Baviera y la Franconia sin ningunos enemigos, le darán á elegir

---

(1) Napoleon, al conceder un rey de su familia á los diputados de la Holanda, no guardó ya ningun misterio. En la respuesta que les dió de lo alto de su trono, vuelto á su hermano Luis, le dijo de esta suerte: «*Protejed la Holanda, pero jamas dejéis de ser frances.* La dignidad de condestable del imperio la poseereis vos y vuestros descendientes, para que no olvidéis las obligaciones que debeis cumplir conmigo y la importancia con que miro las plazas fuertes de la Holanda que aseguran el norte de los estados de mi imperio.... Mantened en vuestros vasallos los sentimientos de union y de amor para la Francia.... etc.» En el tratado que se hizo por el emperador y los estados de la Holanda, entre otras preeminencias que Napoleon se reservaba, una de ellas fué la de nombrar en los casos de menor edad la regencia del reino, como *gefe perpetuo* de la familia imperial. La monomanía del grande imperio suzerano, tan fatal á la Europa y tan fatal á él mismo, fué puesta á descubierto.

entre la nulidad de su poder y su influencia en la Alemania, ó la arriesgada prueba de las armas.

En la Italia, allí muy mas contento y poderoso, trazará Napoleon otra gran parte de la carta de su imperio, ó por mejor decir, la Italia toda es ya una parte de ella. Nápoles ha cometido una gran falta; ha sido infiel á un pacto: prometió ser neutral, y á pocos dias abrió sus puertas á la Inglaterra y á la Rusia. Potencia endeble y sin apoyo en ningun punto de la Italia, no encontrará rescate. Napoleon no tiene aquí un motivo para mostrarse generoso ni aun con aquella suerte de modestia tan pesada y tan gravosa que habia usado con el Austria no siendo dable aniquilarla. Nápoles será suyo y un nuevo feudo del imperio en donde investirá á otro hermano. ¿Qué queda ya en Italia que lleve un nombre á parte? ¿Serán Roma y la Toscana? ¡Nó; la Toscana y los Estados pontificios son paises enclavados en el suelo del imperio. Difiriendo para mas tarde sus designios de apoderarse de ellos, no tocará al dominio útil, pero se atribuirá el directo y hará alarde de ejercerlo (1); mientras que para ha-

---

(1) Napoleon no se acertó en declarar solamente esta soberanía imperial sobre toda la Italia. En su discurso al cuerpo legislativo en 2 de marzo de 1806, profirió estas frases bien rotundas: «Mis enemigos han quedado confundidos y humillados: la casa de Nápoles ha perdido su corona: *la peninsula de Italia, toda entera, forma parte del grande imperio.*»

cer mas familiar aquel sistema y darle consistencia y aparato, lo ostentará creando aquí y allí, en la Alemania, en la Suiza y en la Italia una larga com-  
parsa de señores y de príncipes vasallos. Esta supre-  
macía, bajo el nombre de suzerano, de mediador,  
de protector ó cualquier otro título que sea, es el  
pensamiento fijo que le ocupa noche y dia, y por el  
cual querrá infeudar el mundo entero y gobernar-  
le á su albedrío.

Despues de esta reseña deberá contar la historia,  
que la España, vecina codiciable de la Francia, y  
codiciable por tantos títulos, *era por aquel tiempo  
el solo estado independiente entre todos los aleda-  
ños de la Francia.* Nadie sabrá decir que fué  
un acaso, siendo tan deseable su dominio. El  
sistema de su política y la actitud que habia guar-  
dado, fuese con la república, fuese con el impe-  
rio, sin enredarse en las querellas de la Francia,  
limitada con ella su alianza á hacer la guerra al  
comun enemigo de una y otra, y esta guerra no  
de ambicion ni sugerida, sino provocada dura-  
mente por la Gran Bretaña, dulce á Francia la Es-  
paña como amiga, pero severa y firme, si se queria  
tocar de cualquier modo que esto fuese, á su justa  
independencia; tal sistema y no otra cosa, nos ha-  
bia librado de doblar el cuello al duro yugo que  
sufrian tantas naciones. ¿Diré yo que Bonaparte no  
tentára abrir brecha á esta muralla? Lo habia ten-  
tado muchas veces, y lo tentó aquel año nuevamen-

te y comenzó á volverse amenazador. Que procediese asi no es una prueba de que tuviese en menos á la España con quien ni entonces, ni despues quando intentó amarrarla, queria guerra. Si se atrevió á pedirnos aquel año cosas demasiadas, halló una firme y noble resistencia, cual la exigia nuestro decoro. Nuestro honor no fué hollado ni se dió lugar á que lo hollase. Contaré algunos hechos.

Entre las antiguas preciosidades que el mariscal Berthier halló en Viena y dirigió á Paris como trofeos de guerra, una de ellas fué la armadura toda entera de Francisco I., prisionero de Cárlos V. en la batalla de Pavía. Faltaba allí su espada que se guardó en España. El embajador Beurnonville recibió orden de pedirnosla como un gage de amistad que haria completo aquel recobro de la Francia. Yo le dije sin detenerme que tal entrega era imposible. — « Mas por tan poca cosa, replicó el embajador, ¿querria V. que se entibiase la amistad tan verdadera que el emperador de los franceses se complace de tener con Cárlos IV? » — « Nó, le repuse yo; por lo mismo que dice V. que es poca cosa esa demanda, no puedo yo creer que penda de ella en modo alguno la amistad entre los dos monarcas. La que el rey mi señor tiene mostrada y de que ha dado tantas pruebas al emperador y rey, tiene su fundamento en los comunes intereses y en la comun gloria de la Francia y de la Espa-

»ña. Hace muy pocos dias que S. M. I. y R. hablan-  
 »do de la España, ha dado un testimonio solemní-  
 »simo de la amistad sincera de que es deudor á Cár-  
 »los IV (1). Ademas de esto, créame V., aun cuan-  
 »do fuera dable, lo cual no cabe en mis ideas, que  
 »por complacer á su aliado, quisiera Cárlos IV des-  
 »hacerse de esa prenda de las antiguas glorias de la  
 »España, no seria libre de entregarla sin faltar á  
 »sus deberes, porque es alhaja vinculada en la co-  
 »rona, y pertenece á España como al rey, del mis-  
 »mo modo. No por esto omitiré darle cuenta de lo  
 »que V. pide, porque éste es mi deber; mas mi con-  
 »sejo, si pudiera S. M. necesitarlo (que no lo nece-  
 »sita para esto) será contrario enteramente.» —  
 «Príncipe, me dijo entonces Beurnonville. V. cum-  
 »ple sus deberes, pero V. se perjudica mucho con  
 »el emperador sin tener cuenta de sí propio: *allá*  
 »*van leyes donde quieren reyes*, dice un refran de  
 »VV.» — «Pero no las del honor, amigo mio, le  
 »repliqué al instante. En cuanto á lo demas, se lo  
 »tengo á V. dicho, yo deseo retirarme. Los france-  
 »ses tienen tambien este proverbio: *A quelque cho-  
 »se malheur est bon.*»

---

(1) En 2 de marzo, al abrir la sesion del cuerpo legislativo, se expreso en cuanto á España de este modo:  
 «Las tempestades nos han hecho perder algunos navíos  
 »despues de un combate empeñado imprudentemente. Me  
 »faltan palabras para alabar cuanto es debido la grandeza  
 »de alma y la lealtad que el rey de España ha manifestado  
 »en estas circunstancias por la causa comun.»



Al rey le hablé en efecto y la demanda fué negada. Estaba reservado á su heredero entregar aquel trofeo. Napoleon no lo olvidaba, y la primera cosa que se pidió en su nombre al príncipe de Asturias aun sin reconocerle como rey, fué la espada del rey Francisco. Mis enemigos la entregaron, engañando á aquel príncipe, proponiéndose en esto dar un precio á sus traiciones, y pensando ganar por tal infamia el patrocinio del emperador de los franceses (1).

---

(1) Si semejante concesion fué en sí misma ignominiosa, lo fué aun mas por el modo con que fue cumplida y anunciada luego al público. He aquí una copia literal del artículo de oficio que publicó esta afrenta en la Gaceta de Madrid de 5 de abril de 1808:

«S. A. I. el gran duque de Berg y de Cleves habia  
» manifestado al excelentísimo señor don Pedro Ceballos,  
» primer secretario de estado y del despacho, que S. M. I.  
» el emperador de los franceses y rey de Italia gustaria  
» de poseer la espada que Francisco I, rey de Francia,  
» rindió en la famosa batalla de Pavía, reinando en Espa-  
» ña el invicto emperador Cárlos V, y se guardaba con  
» la debida estimacion en la real armería desde el año  
» de 1525, encargándole que lo hiciese así presente al  
» rey nuestro señor. Informado de esto S. M., que desea  
» aprovechar todas las ocasiones de manifestar á su íntimo  
» aliado el emperador de los franceses el alto aprecio que  
» hace de su augusta persona, y la admiracion que le ins-  
» piran sus inauditas hazanas, dispuso inmediatamente  
» remitir la mencionada espada á S. M. I. y R., y para  
» ello creyó desde luego que no podia haber conducto mas

La segunda demanda, mucho mas séria, del insaciable emperador, fué pedir se le entregase hasta las paces generales el puerto de Pasages. El pretexto de esta demanda, era saber, ó decir que se sabia,

---

» digno y respetable que el mismo serenísimo señor gran  
» duque de Berg, que formado á su lado y en su escuela,  
» é ilustre por sus proezas y talentos militares, era mas  
» acreedor que nadie á encargarse de tan precioso depósi-  
» to, y á trasladarle á manos de S. M. I. A consecuencia  
» de esto y de la real órden que se dió al excelentísimo se-  
» ñor marqués de Astorga, caballero mayor de S. M.,  
» se dispuso la conduccion de la espada al alojamiento de  
» S. A. I. con el ceremonial siguiente:

« En el testero de una rica carroza de gala se colocó  
» la espada sobre una bandeja de plata, cubierta con un  
» paño de seda de color punzó, guarnecido de galon ancho  
» brillante y fleco de oro, y al vidrio se pusieron el ar-  
» mero mayor honorario don Cárlos Montargis, y su  
» ayuda don Manuel Trotier. Esta carroza fue conducida  
» por un tiro de mulas, con guarniciones tambien de ga-  
» la, y á cada uno de sus lados tres lacayos del rey con  
» grandes libreas, como asímismo los cocheros. En otro co-  
» che, tambien con tiro y dos lacayos de á pie, como los  
» seis expresados, iba el excelentísimo señor duque del  
» Parque, teniente general de los reales ejércitos y capi-  
» tan de reales guardias de corps. Precedía á este coche un  
» correo de las reales caballerizas, y al estribo izquierdo  
» iba el caballero de campo honorario don José Gonza-  
» lez, segun corresponde uno y otro á la dignidad de ca-  
» ballero mayor en tales casos. Concurrió á este acto de  
» órden de S. M. una partida de reales guardias de corps,  
» compuesta de un subbrigadier, un cadete y veinte guar-  
» dias, de los cuales cuatro rompian la marcha, y los de-  
» mas seguian detras de la carroza en que iba la espada.

que los ingleses intentaban atacarlo, hacerse dueños de aquel punto, establecer allí un amparo permanente para sus cruceros sobre entrambas costas de España y de Francia, y asegurarse un puesto ventajoso en la frontera misma del imperio. Esta des-

---

» En esta forma se dirigió el acompañamiento á las doce  
 » del día 31 de marzo anterior desde la casa del señor  
 » marques de Astorga á la en que se halla hospedado el  
 » serenísimo señor gran duque de Berg. Luego que llegó  
 » la carroza en que iba la espada, se apearon los dos ar-  
 » meros, y tomando el honorario la bandeja con ella,  
 » aguardaron á que lo verificasen el señor caballero ma-  
 » yor y capitán de guardias, y subieron delante de SS. EE.  
 » hasta el salon donde esperaba el gran duque. Allí tomó  
 » la bandeja el señor marques de Astorga, y despues de  
 » entregar la carta que llevaba de parte del rey nuestro  
 » señor, y hecha una corta arenga, presentó al gran du-  
 » que la bandeja con la espada, que S. A. I. recibió con  
 » el mayor agrado, contestando con otro expresivo dis-  
 » curso. Concluida esta ceremonia, durante la cual per-  
 » manecieron los guardias de corps formados al frente del  
 » alojamiento, se restituyeron los dichos excelentísimos  
 » señores con el mismo aparato y escolta al real palacio  
 » á dar cuenta á S. M. de haber cumplido su comision. »

Este infeliz relato fué la obra de dos ingenios combinados, el ministro Ceballos y el canónigo Escociquiz. La carta del rey que quedó sin respuesta, fué parto de éste último, mucho mas infeliz y deshonrosa que el relato.

Comparad, ó Españoles, que ya es tiempo, mi conducta y la de mis contrarios, que han hecho y han escrito tantas cosas para deshonrarme ante vosotros. Que señalen mis enemigos algun acto de mi vida que se parezca á éste. Yo estaba aherrojado en cárcel dura mientras tanto!

cabellada pretension fué un tema largo y penoso de debates porfiados en que ví deslizarse ya las amenazas entre palabras embozadas. A la primera insinuacion que me fué hecha en este tono, dí fin á las disputas. « No hablemos mas de tal negocio, » dije al embajador resueltamente; lo que rehusa la » amistad porque no es dable concederlo, ninguna » suerte de temor que se quiera imponernos, tendrá poder para arrancarlo de nosotros. El imperio » frances y el reino de España tienen de un mismo » modo sus límites sagrados. No estamos en Italia, » ni nuestra alianza es feudo, ni España ha dado » todavía ningunas muestras de flaqueza á amigos ni » á enemigos. Nuestra casa sabemos defenderla sin » necesitar que otro mas fuerte se aposente en ella » porque nosotros nos bastamos. » Esta agria conferencia fué la última; no se volvió á hablar mas del puerto de Pasagos.

Mas no por esto tenían fin las pretensiones del hombre de la Francia. Exigir á los unos, y pedir á los otros, mas con aquel modo de pedir de los que cobran el barato, cierta manera de hacer gasto de todos sus amigos que no se vió jamas en los demas monarcas de la Europa á quienes trabajó igual rabia de poder y de conquistas, tal era su conducta, mas parecido en esto á los aventureros de la media edad que ponian á rescate los señoríos y los castillos para no dañarlos, ó les hacian comprar á viva fuerza su veleidoso patrocinio.

Nuestra neutralidad con la Inglaterra nos habia costado el contingente pecuniario que trató Ceballos con la Francia á pesar mio (1). Rota la paz por los Ingleses, unidas nuevamente nuestras armas á las del imperio contra la Gran Bretaña, debió cesar el contingente. Pidióle sin embargo Bonaparte, poniendo por motivo, que la Francia habia empleado mayores fuerzas que nosotros, y que habia tenido enormísimos dispendios. Nuestra respuesta era bien obvia, supuesto que ya en aquella guerra la causa era comun para españoles y franceses, cada cual de las dos partes habia acudido á ella en proporcion con sus recursos, concurriendo España con mayores fuerzas que las estipuladas por el tratado de alianza. Napoleon entonces, abandonado aquel camino, pero sin darse por vencido en la disputa, tomó el medio de pedirnos á lo menos un socorro como aliado y como amigo porque se encontraba en grande apuro de dinero. Aquel apuro era efectivo. Sabida fué la crisis en que se halló el tesoro de la Francia pocos meses antes por la quiebra de M. Desprez que envolvió á tantas casas, la baja que sufrieron los efectos públicos, y la suspension de pagos á que el banco mismo se encontró forzado. Mientras triunfaban en Moravia los ejércitos franceses, el terror que produjo aquel medroso descalabro de la hacienda, fué su-

---

(1) Véase sobre esto el capítulo XIV.

perior con mucho á la alegría y la confianza que debian causar aquellos triunfos. Cuando volvió Napoleon, el papel sobre París se descontaba al veintidos por ciento, y hasta las cédulas del banco sufrían una gran pérdida. Tamaños golpes no se remedian de repente; sufría el tesoro y sufría el crédito. En tales circunstancias pedia Napoleon á Carlos IV que lo socorriese de cualquier modo que esto fuese, no ya exigiendo, sino rogando y prometiendo además que para en adelante estaba pronto á renovar nuestro tratado de alianza bajo de tales condiciones que las cargas y las ventajas fuesen equilibradas á satisfaccion de la España. «No es cordura negarlo todo,» dijo el rey; padézcalo el dinero, pues que el honor no sufre en esto, désele lo que alcancen nuestras fuerzas.» Y de sesenta y dos millones que pedía en un principio, se le dió la tercera parte solamente.

De esta concesion ha hecho memoria el conde de Toreno, pero tan sin verdad, tan sin conciencia, con tanta liviandad y con tan mala fé, que me es preciso responderle. Dice este nuevo historiador, que don Eugenio Izquierdo, «*hombre sagaz, travieso y de amaño*, á quien yo tenia encomendados mis asuntos peculiares bajo la capa de otras comisiones, indicado que le hubo sido por el emperador de los franceses que podria yo merecer su particular atencion si le acudia con socorros pecuniarios, gozoso de esto y lleno de satisfaccion, breve-

» mente y sin estar para ello autorizado, aprontó veinticuatro millones de francos pertenecientes á la » caja de consolidacion en Madrid, segun convenio » que firmó en 10 de mayo; y que aprobando yo » esta conducta con la *esperanza de ser ensalzado á » mas eminente puesto en trueque del servicio conce- » dido*, hice darle poderes en nombre de Carlos IV » en 26 del mismo mayo para que ajustase y con- » cluyese un tratado.»

Es imposible contar hechos con ignorancia mas grosera, ó con malicia mas estúpida que lo hace aquí Toreno. Lo primero de todo, á ley de historiador, debiera haber sabido que don Eugenio Izquierdo era un buen servidor de la corona desde tiempo muy remoto. Su honrosa y distinguida carrera venia ya del reinado del señor Carlos III, bajo el cual desempeñó diferentes comisiones graves, y las mas de ellas reservadas, mereciendo la estimacion del marques de Grimaldi, del conde de Floridablanca, del conde de Lerena, del bailio Valdés, y de todos los demas ministros de aquel tiempo. Antiguo director del Gabinete de Historia natural, literato, muy reputado, de conocimientos vastos en ciencias naturales, y nada extraño en las políticas, relacionado ventajosamente en muchas córtes extrangeras, y en París especialmente donde la alta sociedad le estaba abierta, severo en sus costumbres, no conocido nunca ni en las casas de juego, ni en las sentinas de la ópera, y hombre cabal en todo, no

teniendo que huir á parte alguna por engaños ni por trampas ó por deudas, sobrado de bienes, y enemigo del lujo y del boato, merecia bien la confianza del monarca. Era ademas sagaz, muy advertido y circunspecto en toda suerte de negocios, pero no *travieso* como el conde ha escrito, queriéndole prestar alguna cosa de lo suyo.

A este sugeto benemérito, que no tenia ambicion, que jamas pretendió ninguna cosa del gobierno, del carácter de aquellos sábios que no buscan, y que deben ser buscados, me resolví á ocuparle, bajo la aprobacion de Cárlos IV, en los negocios árdnos y preñados que ofrecia á cada instante la encapotada y procelosa corte del emperador de los Franceses. Para tales negocios no era propia la posicion embarazosa de un alto embajador sujeto á la etiqueta, y empotrado en los carriles ordinarios de la antigua diplomacia. Necesitábanse hombres diestros y mas libres, buenos nautas, que supiesen hurtar el viento y navegar á palo seco entre los arrecifes y las sirtes, que ni aun bastaba en aquel tiempo para salir avante.

En cuanto á comisiones mias particulares en Paris es tan falso lo que dice el conde de Toreno, quanto público y notório, y comprobado por los tiempos, que no tenia intereses ni negocios mios privados en ningun punto de la Europa; y en Paris mucho menos que en otra parte alguna. Digo tambien que es pública y notoria esta verdad, porque el mismo



Napoleon hizo mas de una vez exploraciones sobre mis haberes, y no encontrando en Francia ningun rastro de intereses mios, sospechó que los podria tener en Inglaterra, y se dejó decir frecuentemente que evitaba yo comprometerlos en la Francia por mi poca fé con ella (1).

---

(1) De diferentes casos de estas raras pesquisas que Bonaparte hacia sobre mis intereses pecuniarios, por no cansar á mis lectores, referiré uno solo para muestra, y para desmentir al propio tiempo al conde de Toreno. Mr. Michel, banquero de Paris, volvia á Francia de Madrid, no sabré fijar el año ciertamente en que hizo aquel viage. Le habian dicho á Bonaparte que tenia conmigo aquel banquero relaciones íntimas, y llegado á Paris, la policia que lo acechaba, le hizo llevar directamente desde la barrera al ministerio de aquel ramo con todo su equipage, registró sus papeles, y no encontrando cosa alguna que pudiera satisfacer la curiosidad de Bonaparte, fue interrogado minuciosamente sobre mi fortuna, acerca de la cual le exigieron especialmente declarar si la tenia yo puesta en Inglaterra. La respuesta de aquel banquero á esta última pregunta se encuentra referida en varios libros de memorias de aquel tiempo, entre ellas las de Mr. Desmarest, gefe que era entonces de seccion en la alta policia. « El príncipe de la Paz, dijo Mr. Michel, no tiene » fondos en Londres ni en ninguna plaza estrangera: to- » da su gran fortuna consiste en bienes raices sitos en » España. »

En el capítulo XV de esta segunda parte habrán ya visto mis lectores las pesquisas indirectas, que hallándome en Marsella con mis reyes desbaratando alhajas y vendiendo para su subsistencia, se hicieron todavia en Paris con el objeto de inquirir si poseia yo tierras en América.

Que medió Izquierdo en aquella concesion, pago, préstamo, ó como quiera que se llame, que fué hecho á Bonaparte en 10 de mayo, es una cosa cierta; pero tambien lo es, y el conde de Toreno ó no lo supo ó lo ha callado, que los setenta y dos millones que buscaba con tanta ansia Bonaparte, logró Izquierdo reducirlos á solos veinticuatro, y esto en verdad era muy digno de contarse y de saberse. Holanda, Italia, la Alemania y tantos otros pueblos, esquilados bien á bien ó mal á mal por Bonaparte en aquellos mismos dias, no podrán menos de admirarse de que hubiese andado tan modesto con nosotros en peticiones de dinero (1).

Cierto es tambien que don Eugenio Izquierdo recibió poderes para tratar en Francia. Dije ya mas

---

No es facil explicar tales ruindades en un hombre como Bonaparte. Sirvenme sin embargo para que yo responda al conde de Toreno. Yo no era negociante; mi fortuna clara y limpia se encontraba toda en mi querida patria!

(1) La historia ha conservado la escandalosa crónica de los manejos y torpezas que se cometieron en las nuevas anejaciones y trastrueques de pueblos y dominios para formar el patrimonio de los príncipes que compusieron, bien ó mal de su grado, la federacion del mediodia de la Alemania. Ni fué menor la inmensidad de sacrificios pecuniarios á que en vano se prestaron por el mismo tiempo las ciudades anseáticas. Vacas de leche del Imperio las llamó Mr. Bourrienne. Sobre ninguna parte de la Europa se sentia menos el peso de aquel hombre que en España.

arriba que Napoleon habia propuesto renovar nuestro tratado de alianza bajo las bases convenientes para equilibrar sus cargas y ventajas entre las dos potencias. Diéronse á Izquierdo los poderes á este efecto (1). Nos convenia aquel acto para ahorrar disputas y saber á que atenernos sobre las ideas de aquel vecino, en tanto grado peligroso. Si aquel tratado no se hizo, no fué la culpa nuestra, ni de Izquierdo. Napoleon halló un pretexto para diferirlo, porque en el mismo mes de junio en que debió ajustarse, se comenzaron pláticas de paz entre la Francia y la Inglaterra (2). Bien sabia el emperador

---

(1) Si preguntare alguno porqué no fueron dados al embajador de España príncipe de Maserano, le diré que por temor de que lo ofuscase y envolviese Bonaparte. Aquel ministro, á propósito cual pocos, para la ostentacion que pedia su alto puesto, carecia por desgracia de aquella gran reserva, y de aquella agilidad y perspicacia que requerian las circunstancias. Impediale tambien su misma elevacion las maniobras escondidas de la diplomacia que á Izquierdo le eran fáciles, no tan solo por su talento, mas por tener á mano un grande número de amigos subalternos é intermedios que podian guiarle y advertirlo.

(2) Pitt habia muerto en enero de aquel año. Su sucesor Fox, mas por consecuencia con sus anteriores opiniones, que porque hubiese juzgado posible hacer paces con la Francia, habia enviado sucesivamente á Paris á lord Yarmouth y á lord Lauderdale para tratar acerca de ellas. Las negociaciones comenzadas por el mes de junio, fueron entretenidas de ambas partes hasta el 5 ó 6

que aquella paz no tendría efecto, pues él no la quería de una manera razonable; pero necesitaba deslumbrar á los Franceses y á las demas potencias.

«¿A qué fin, dijo á Izquierdo, precipitar nuestro tratado sin esperar á ver el término de las negociaciones comenzadas con la Gran Bretaña?» El fin de estas coincidió con el rompimiento de la Prusia, y el emperador partió para Alemania arrebatadamente. He aquí explicado ya el motivo porque el tratado no se hizo. El conde de Toreno no debió ignorarlo.

No ha faltado tan solamente este escritor á la escrupulosa exactitud con que deben contarse los sucesos, sino que vulgar otro tanto como injusto, ni aun de sí mismo tuvo cuenta por el placer de calumniar, profiriendo y estampando que el socorro pecuniario que fué hecho por España á Bonaparte lo consentí, *contando ya con ser ensalzado á mas eminente puesto en trueque del servicio concedido.*

¿A qué puesto, hombre falaz! á qué altura ó que eminencia ansiaba yo subir por aquel medio? ¿Fué al señorío de los Algarves donde pasado mas de un año concibió Napoleon por un momento la idea de desterrarme y de quitar un grande estorbo á sus designios? ¿Qué antecedente, qué suceso ó que motivo habia en la primavera de 1806, ni aun para

---

de octubre en que se retiró lord Lauderdale, fallecido tambien Fox en 13 de setiembre.

imaginar aquella grande intriga que el emperador de los franceses discurrió en octubre de 1807? Otra cosa debió de ser que lo de Portugal, lo que intentó indicar Toreno cuando añade despues, *que me ofendí de la tardanza* en ver cumplidos mis deseos; pero necesario y justo é indispensable era decirlo, y no embozar tan torpemente una calumnia tan grosera.

He dicho y lo repito, que el conde de Toreno, ni aun de sí mismo tuvo cuenta, por tener el placer de calumniarme de aquel modo. Yo quiero suponer que haya ignorado las negativas y repulsas que he referido mas arriba hechas por mí directamente y sin ningun rebozo, en aquellos mismos dias, contra las pretensiones desmedidas que habia tentado Bonaparte. Pero el mismo Toreno nos refiere, pocas páginas mas atrás, que por el propio tiempo rehusó España reconocer al nuevo rey de Nápoles. ¿Cómo no vió Toreno que por solo este hecho quedaria desmentido lo que despues contaba? ¿Qué grosera contradiccion en que no habria caido ningun hombre ni el mas rústico! Si intentaba yo agradar á Bonaparte y si buscaba *que me alzase á un eminente puesto*, ¿cómo le dí en los ojos resistiendo aquello mismo en que tenia mas interés que en otra cosa alguna de cuanto pidió entonces? Si era mi objeto complacerle y recibir grandezas de su mano, ¿qué cosa fuera mas fácil y menos reparable que aconsejar á Cárlos IV reconocer el hecho llana y simplemente, y saludar á aquel monarca que era hermano del

hombre poderoso que acataban ya postrados tantos pueblos de la Europa? El papa, el Austria y diferentes otros gabinetes lo habian ya reconocido, y en no reconocerle se aventuraba su rompimiento con aquel cuyo sistema de relaciones exteriores comenzaba ya á resumirse en aquel tiempo por estas dos palabras: *Lo que quiero, ó la guerra*. Y á estos motivos se juntaba todavía el peligro que podia correr nuestra rama de Etruria si se enojaba Bonaparte. Cárlos IV y los mas de sus ministros y personas á quien pidió consejo, prevalecian en el dictámen de ceder por evitar mayores males; dable me fué agregarme á este dictámen y haber lisonjeado al hombre de la Francia. No lo hice; y al contrario, resistílo con la mayor firmeza. ¿Y sin embargo de esto, el conde de Toreno se permitirá decir que buscaba yo el modo de ganar al emperador de los franceses para ser *ensalzado* de su mano á mas eminente puesto del que yo gozaba en aquel tiempo? Nó, no lo habia mas eminente que aquel puesto de honor que yo tomaba resistiéndole en rostro, y sosteniendo así la dignidad, los respetos y el decoro de mi señor y de mi patria. Yo no sabré decir si el conde de Toreno entiende bien este lenguaje.

Y con esto llegamos ya á la cuestion de Nápoles, y á aquella nueva época preñada de tragedias y desastres, cuando Napoleon, desvanecida y trastornada su cabeza por el resplandor de sus victorias, y por la espesa nube de tantos géneros de inciensos y

de aromas que la Francia postrada ofrecia sin cesar á su ídolo glorioso, concibió en su delirio, y en propio y comun daño, el temerario empeño de avasallar la Europa entera. Procuraré ser breve, pero sin omitir ninguna cosa.

El rey de Nápoles, sordo á los consejos de la España, quebrantó malamente el pacto que habia hecho con la Francia, y se dejó arrastrar á la tercera coalicion que no ofrecia esperanzas de un suceso favorable, y de la cual he hablado largamente. Aun no habia comenzado á desplegar sus armas y á moverse, cuando se encontró solo en la demanda. Napoleon tenia motivo de vengarse, pero Fernando IV era un hermano del rey de las Españas, y del único aliado que tenia la Francia digno de este nombre, porque no lo era por temor y servidumbre, sino por eleccion y por principios de política. Holanda, Italia y la Suiza habian sido conquistadas ó sojuzgadas por la Francia y no eran libres. España habia cumplido esta alianza escrupulosamente; el mismo emperador dió testimonio á esta verdad, cuando hablando á la Francia se alabó de tener un aliado en Cárlos IV tan leal, tan generoso y tan magnánimo que le faltaban las palabras para encarcerarlo (1). ¿No merecia este rey que el emperador

---

(1) En el discurso ya citado al cuerpo legislativo en 2 de marzo de aquel año.

de los franceses lo hubiese tambien sido con su hermano, como lo fué, siquiera, con el Austria, como lo fué con Alejandro?

La primera comunicacion que acerca de aquel príncipe recibió el rey, fué igual á las demas que se enviaron á otras cortes. Ni una sola palabra mas que diese excusas especiales, ni aun que mostrase la apariencia de proceder con pena á la dura resolucion de destronar á un rey hermano suyo. Lejos de ser así, el embajador francés recibió órden de decirme, que el emperador temia no fuese la Toscana un nuevo punto que eligiese la Inglaterra para turbar la Italia; que Roma y la Toscana eran dos puertas que aun quedaban por cerrarse enteramente al enemigo, sin que tuviese nadie que extrañar que una y otra las custodiase con sus tropas; y que por falta de advertencia, ó por cualquier otro motivo, podria llegar el caso en los azares de la guerra de que uno y otro estado se viesen obligados á sufrir igual medida que se tomaba en Nápoles.

«Señor embajador, le dije, si los peligros todos  
»de un imperio se debieran precaver por tales me-  
»dios, no habria fin de conquistar y hacer agrega-  
»ciones, puesto que habiendo siempre de encon-  
»trarse lindes nuevos, y en estos lindes, nuevos  
»riesgos, fuerza seria por tal sistema no pararse ni  
»contenerse en punto alguno, sino invadir por to-  
»dos hasta no tener vecinos. Como quiera que el  
»emperador y rey lo entienda, en cuanto á la Tos-



» cana puede V. asegurar que responde de ella Es-  
» paña moralmente, que uno y otro gabinete com-  
» ponen uno solo que es el nuestro; y que respon-  
» deria tambien de aquel estado en cuanto á su  
» defensa, si el emperador no hallase inconveniente  
» en que las armas españolas guardasen la Toscana;  
» esta misma proposicion le fué ya hecha cuando vol-  
» vió la guerra con la Gran Bretaña. Todavía, en  
» cuanto á Nápoles, aun cuando V. no tenga órden de  
» entenderse con nosotros, podria escribir tambien  
» que Cárlos IV no ha perdido la esperanza de que  
» los negocios de su hermano tan querido pudieran  
» componerse.»

Napoleon creyó hacer mucho, ó al menos lo bastante, con avenirse á que la España guardase la Toscana. Los que han dicho que lo exigió se han engañado ó lo han supuesto. Creyó en esto que daba un testimonio grande de su amistad y confianza. Cinco mil hombres fueron enviados bajo el mando de Don Gonzalo O-farril. En cuanto al rey de Nápoles ni aun se nos dió por entendido Bonaparte (1).

---

(1) No merecen refutacion los que han dicho, que enviando aquella corta division á la Toscana, empobrecimos nuestro ejército, y que en esto le hicimos un regalo á Bonaparte. Si se hubieran de contar las tropas españolas que habian salido para Italia desde el tiempo del rey don Pedro III de Aragon hasta el de Felipe V y de sus hijos, se podria llenar un libro entero. Necesitábase